

EDUCADOR Y ACADEMICO

Es cierto que la desaparición reciente de don Conrado González Mejía deja en la intelectualidad antioqueña un hondo vacío. Varón recio, de sólida formación, de encumbrados méritos y de apasionante personalidad, este educador y académico se fue a gozar del premio prometido después de dejar una herencia de dignidad, de decoro, de elevada personalidad.



JULIAN PEREZ MEDINA

Pocos educadores como él en el presente siglo. Comenzó como los más humildes en su vigorosa condición de maestro rural. Por su empeño, por sus estudios y por su inagotable fuerza espiritual fue ganando posiciones hasta convertirse en un educador de brillantes ejecutorias.

Fundó dos colegios de gran prestigio los cuales están formando para la lucha diaria jóvenes preparados y emprendedores. A su tesón se debe la creación del Instituto Jorge Robledo, uno de los más importantes de Medellín y de Antioquia. Y a su inspiración se debe la fundación del Instituto Conrado González Mejía, otro plantel de educación de sólida fama por la educación que allí se imparte.

Recordamos que hace muchos años estuvo vinculado al Liceo Antioqueño sin duda alguna en sus mejores años. Dejó allí entre la juventud, muy entrañables amigos, los mismos que hoy lo recuerdan con afecto en el momento de su partida definitiva.

Fue uno de los más eminentes miembros de la Academia Antioqueña de Historia, institución a la cual dedicó con amor y sentimiento los últimos años de su meritoria existencia. Allí, obviamente, dejó honda huella por su sabiduría, por sus conocimientos y por su amabilidad sin límites.

Aún se recuerda el bellísimo discurso en el cual hizo su ingreso oficialmente a la Academia de Historia. Una página antológica que dejó admirados a sus nuevos compañeros de trabajo. Escrito en el español más fluido, realmente conmovió en cuerpo y alma a los académicos.

Era él el centro de todas las consultas. Una galante observación suya era toda una orden. Se le tenía, y con justa razón, en el exclusivo grupo de los mejores, de los más ilustrados, de los más capacitados.

Por todas estas circunstancias, analizadas a la carrera por la impresión que ha causado su muerte, duele, y duele mucho su viaje a la eternidad. Debe estar gozoso disfrutando de la bondad de Dios mientras que nosotros sus amigos y seguidores lo lloramos con sinceridad.

La digna mujer, doña Margarita María López de González, su esposa por espacio de cincuenta y cinco años de respetable matrimonio, lo siguió de inmediato hasta la tumba. Mayor demostración de amor no se puede pedir.

La distinguida familia del noble maestro está recibiendo por estos días numerosas y sinceras manifestaciones de pesar. Pero es el Todopoderoso el que decide de la historia de la humanidad. Esa historia, y particularmente la de Antioquia, se inclina ante el dolor por la pérdida de este educador y académico. Su recuerdo será imperecedero y su ejemplo iluminará con grandes destellos a quienes seguimos su maravilloso ejemplo.